

# PASCUA Y JUBILEO

## 1. El Misterio Pascual de Cristo

«Cristo ha resucitado y con su claridad ilumina la mañana». Así madrugaba la Iglesia el día de Pascua de resurrección. Esta primera antífona del oficio matutino de laudes se mostraba como un anuncio a todos el pueblo cristiano del gran acontecimiento que habría de cambiar la historia de la humanidad: la Resurrección del Señor.

El mismo Señor que había muerto en la Cruz, cuyo cuerpo hacía inerte en un sepulcro, vencía, ahora, las cadenas de la muerte volviendo a la vida para dar vida «y vida en abundancia» (Jn 10,10).

El año jubilar en que estamos inmersos es fruto, precisamente, de aquel magno acontecimiento. La Resurrección del Señor es la confirmación final de la obra redentora de Jesucristo, que se hizo hombre para morir en una cruz y, así, reconciliarnos con Dios. De este modo, en la Pascua jubilar de 2025, cobran sentido nuevo estas palabras de San Pablo a los efesios: «Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Ef 2,13-19).

Pues, si el año jubilar es el año de gracia del Señor, donde debe primar el perdón, las palabras del apóstol de los gentiles explicitan, sin lugar a dudas, que esto ha sido posible por nuestro Señor Jesucristo. De modo que, las gracias jubilares y los propósitos vitales que de ellas se derivan vienen a ser una concreción de su misterio pascual como veremos al final.

Poniendo el foco en el misterio pascual, en este tiempo litúrgico se nos invita a contemplar al Resucitado llagado. Dice san Pedro en su primera carta «Con sus heridas fuisteis curados» (1 Pe 2,24). Esas heridas que fueron impresas en la carne humana de Cristo al

subir a la cruz, permanecieron en su cuerpo glorioso tras su resurrección, mostrando así que la Pasión había sido real y necesaria y no un mero trámite ajeno a su impassibilidad divina.

La humanidad de Cristo quedó marcada para siempre con los estigmas de la Pasión y con ellos entró en su gloria del cielo donde «habiendo entrado una vez para siempre en el santuario del cielo, ahora intercede por nosotros, como mediador que asegura la perenne efusión del Espíritu» como lo canta la liturgia romana en el prefacio para después de la Ascensión.

De este modo, en el año jubilar que celebramos no podemos apartar nuestra mirada del Crucificado si queremos entender y experimentar la gloria del Resucitado. El *espectáculo* (cf. Lc 23,48) del Calvario fue aún más admirable que la obra de la creación pues solo un Dios profundamente enamorado de sus criaturas pudo tener la gallardía de descender al mundo que había hecho y redimirlo con la muerte para que, así, fueran conducidas sus criaturas a la gloria de la nueva creación. De este modo, el alcance universal de la Redención es pleno y, por ende, la gracia jubilar también. En este sentido, afecta al hombre individual, a la comunidad humana en general y a la creación natural, la casa común que debemos cuidar y proteger con una sana ecología integral.

## **2. Al ritmo del leccionario C**

No es casualidad, sino providencia que este año jubilar de 2025 haya coincidido con la lectura del ciclo C del leccionario católico donde el protagonista es —como siempre— nuestro Señor Jesucristo bajo la perspectiva del evangelista san Lucas.

Si hay una nota distintiva de este evangelio respecto de los otros tres es, sin duda alguna, el tema de la misericordia y el anuncio del Evangelio a los pobres. A este texto pertenecen las parábolas del hijo pródigo y del rey misericordioso donde se refleja la imagen de un Dios generoso con el que vuelve a él arrepentido y sin poder pagar sus deudas.

El pasado Domingo de Ramos leíamos por tanto la Pasión según San Lucas y en esta larga narración veíamos algunas notas de misericordia que quisiéramos rescatar para esta reflexión:

- La institución de la eucaristía: el Señor tomando el pan y la segunda copa de vino transforma las palabras del memorial judío en torno a la liberación de Egipto por el anuncio profético de su cruz donde entregaría su Cuerpo y derramaría su Sangre horas después, pero ahora, al pronunciar estas palabras sobre el pan y el vino los

transforma en su Cuerpo, Sangre, alma y divinidad, perpetuando su presencia real y sacramental entre los suyos hasta el fin de los tiempos. He aquí una primera muestra de misericordia: Dios quiso quedarse con nosotros para siempre.

- El servicio del mayor: terminando la cena, Jesús les invita a ser servidores de los demás descubriéndoles que la grandeza de la vida cristiana pasa por un servicio generoso al prójimo. Este mandato (que en Juan será más explícito con el mandamiento nuevo del amor) conlleva la promesa de la vida eterna (cf. Lc 22,28-30). He aquí una segunda muestra de misericordia: Jesucristo que nos promete llevarnos al cielo si perseveramos en las pruebas con él aquí en la tierra.
- Sentarse con los pecadores: no podemos olvidar que Jesús cena con Judas Iscariote, que es el traidor, con el apóstol san Pedro, que lo negará tres veces; y con el resto de los apóstoles que, excepto Juan, huirán de él hasta la resurrección. He aquí una tercera muestra de misericordia: Jesús no se desdeña de comer con los pecadores. La diferencia está entre los que acogen su amor y vuelven a arrepentidos como Pedro y el resto de los apóstoles, o los que desprecian su amor y desconfían de él y acaban mal como Judas Iscariote.
- Consuelo de afligidos: en su camino a la cruz Jesús consuela a un grupo de mujeres que lloran por él. He aquí una cuarta muestra de misericordia: aun cargado de dolores y oprobios Jesucristo no duda en ofrecer su paz y su consuelo a aquellos que lo pasan mal.
- El buen ladrón: junto a la cruz de Jesús clavarán a dos ladrones, uno réprobo, que le insulta y le injuria, y otro, que dándose cuenta de sus delitos y de a quién tiene delante, no duda en implorar una última misericordia de Jesucristo: acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino. Jesucristo le responderá, salvándole, «hoy estarás conmigo en el paraíso». Y he aquí una quinta misericordia.

La misma misericordia se volverá a ver tras su resurrección. Veamos algunos pasajes:

- El Resucitado camina con su Iglesia: la misma tarde de la resurrección sale al paso de los dos discípulos de Emaús que regresaban a su casa desencantados y decepcionados por todo lo que habían visto. Jesucristo no duda, pacientemente, en ir con ellos explicándole todo lo sucedido que se habría de cumplir en su persona y después en entrar con ellos a comer juntos, partiendo el pan. He aquí una primera misericordia pascual: acompañar el camino de su Iglesia abriendo el corazón a la revelación divina.

- La eucaristía del Resucitado: Jesús entra con ellos en la casa y parte el pan. Partir el pan fue el nombre primitivo que se le dio a la celebración de la santa misa. Así vemos que aquellas palabras que Jesús había pronunciado en la noche de la última cena seguirían para siempre vivas y operantes en el desarrollo de la historia de la Iglesia. He aquí una segunda misericordia pascual: Jesús sigue en su Iglesia por la celebración de la misa, y allí se deja encontrar y comulgar.
- La paz del Resucitado: Jesús se presenta ante sus apóstoles, reunidos y miedosos, dándoles el gran don de su Pascua: la paz. He aquí una tercera misericordia pascual: con su sangre nos ha reconciliado con Dios haciendo la paz entre el cielo y la tierra. Su paz es el primer don que florece en nuestra alma en gracia.
- La carne del Resucitado: Jesús se presentará a sus discípulos ofreciendo las pruebas de su carne llagada, de su cuerpo revivido, pues un espíritu no tiene carne y huesos y Jesús tiene la carne y los huesos que se gestaron en el seno de su madre santa María. He aquí una cuarta misericordia pascual: Jesucristo ha redimido con su carne humana nuestra naturaleza humana, haciéndonos, así, templos del Espíritu para gloria de Dios.
- El anuncio del Resucitado: cuando Jesús se les aparece les abre el entendimiento para comprender las Escrituras y les manda a proclamar la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos. He aquí una quinta misericordia: la presencia y la obra del Resucitado no es para un grupo de elegidos, sino que aquellos que son testigos de su resurrección tienen la obligación de anunciarlo a todos los hombres y mujeres del mundo entero. De ahí que la gran obra de misericordia que la Iglesia sigue cumpliendo hoy día sea el anuncio explícito de Cristo resucitado.

### **3. La gracia pascual y el año jubilar**

Finalmente, vemos la estrecha relación que hay entre el misterio pascual de Jesucristo y el año jubilar en el que estamos inmersos. La gracia que el Resucitado nos ha ganado con su cruz llega hoy a las almas de aquellos hombres y mujeres que, debidamente dispuestos y con el corazón contrito, se acerquen a los lugares santos para implorar el perdón de sus pecados y la remisión de sus culpas.

Las disposiciones para lucrar la indulgencia plenaria son siempre las mismas: la confesión íntegra de los pecados, la detestación de los mismos y el propósito de no pecar en adelante,

la confesión de la fe y la oración por el sucesor de Pedro... Pero todas ellas responden a la obra de la redención de Jesucristo puesto que en definitiva las indulgencias no son ni más ni menos que el conjunto de méritos de los santos y de la Virgen María que se dejaron conducir por Cristo y que reprodujeron en sus vidas el misterio pascual de Cristo.

La confesión íntegra de los pecados y la detestación de los mismos no es otra cosa que responder a la cruz de Jesucristo, no como los judíos y romanos o el mal ladrón, sino como el buen ladrón y las mujeres piadosas que lloraron a los pies de su cruz.

El propósito de no pecar en adelante es imagen del hombre nuevo que iluminado por la resurrección de Jesucristo quiere salir del sepulcro pestilente de sus pecados y caminar como un hombre nuevo en una vida nueva llena de gracia y del amor de Dios.

La confesión de la fe es traer a la memoria las admirables obras hechas por Dios desde la creación hasta la redención, dándole gracias por tanto amor derramado en nuestros corazones. La oración por el sucesor de Pedro es expresar nuestra comunión y fidelidad con el que es el encargado de confirmar la fe de sus hermanos. La fe que vence al mundo.

## **Conclusión**

En conclusión, ahora es tiempo de vivir esta pascua jubilar muy unidos al Señor, viviendo como peregrinos de Esperanza que caminan hacia la Pascua final de la historia: de la historia personal y de la historia universal. El difunto papá Francisco nos convocaba a este año jubilar con la bula *Spes non confundit*, la esperanza no confunde. Y es una verdad indubitable: quién espera en el Señor no será confundido para siempre. El día de la resurrección solo fueron confundidos los que no creyeron en él y montaron bulos en su contra, mientras que los que esperaron en sus promesas no se vieron defraudados, sino que lo proclamaron con alegría por todas partes hasta el día de hoy. Sumémonos a aquella ola de peregrinos de esperanza para ser testigos de la verdad que da sentido a la vida.